

De Túbal a Aitor. Historia de Vasconia

Bazán, Iñaki, director (Gil Zubillaga, Eliseo; Bazán, Iñaki; Madariaga Orbea, Juan; Granja, José Luis de la; y Pablo, Santiago de), La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.

Uno de los tópicos más repetidos en los últimos años sobre la historiografía vasca es la falta de obras de síntesis y aunque todos los tópicos tienen mucho de verdad, lo cierto es que cada década de los últimos treinta años del siglo XX ha conocido la publicación de manuales de diversa calidad y orientación sobre la historia vasca: las obras de Letamendia y Martín Ugalde en los 70, Manuel Montero y Fernando García de Cortazar en los años 80, este último autor, en unión con Lorenzo Espinosa y la obra colectiva dirigida por Antonio Rivera en los 90. La obra que vamos a comentar continúa, por tanto, una tradición ya existente, aunque con dos diferencias importantes. La primera de ellas reside en el hecho de que es una obra colectiva, escrita por especialistas en los periodos analizados, lo que les ha permitido realizar un libro equilibrado, tanto en lo que respecta al contenido, incluyendo todos los territorios vascos, como a la forma, al respetar las proporciones entre las distintas fases históricas en las que se divide la obra. En segundo lugar, el estado de la historiografía vasca se ha modificado de forma radical en los últimos decenios y aunque existen importantes vacíos, conocemos mucho mejor nuestro pasado. Este manual quiere representar, por ello, los avances producidos en este periodo y se convierte en el primer manual de historia vasca del siglo XXI. Ese propio grado de desarrollo de la historiografía vasca y la propia especificidad de los ámbitos de investigación de cada autor ha conducido, no obstante, a que algunos aspectos o territorios hayan merecido una menor atención.

Cada capítulo trata un periodo histórico, más o menos amplio, en función del conocimiento que tenemos del periodo, miles de años en la primera parte, apenas un centenar en la última, aunque no se nos explican con detalle los criterios de división, particularmente la separación entre el dedicado a la Edad Media y a la Moderna y a ésta y la Contemporánea. El contenido se estructura en torno a tres grandes ejes: el político-institucional, el referido a la demografía, la economía y la sociedad y el referente a la religiosidad, la cultura y la vida cotidiana. Como sucede en toda obra colectiva, la atención que se presta a cada uno de los ejes varía y salvo en la primera parte, se apre-

cia una primacía del primer eje, que en alguno de los capítulos se convierte de facto en el hilo vertebrador único del discurso. Sorprende, teniendo en cuenta ese peso, la escasa atención que se ofrece a los dos grandes ausentes, los Estados español y francés, que son mencionados de forma esporádica, como si poco tuviesen que ver con la historia vasca o cómo si su actuación fuese neutral y no tratasen, particularmente en la época moderna y contemporánea de eliminar todos aquellos rasgos diferenciales, tanto jurídicos como culturales, que distinguían a los vascos. El que no lo consiguiesen no elimina esa parte de nuestra historia.

Antes de iniciar el comentario propiamente conviene advertir que el grado de conocimiento del que firma estas páginas le conduce inevitablemente a prestar una mayor atención a las épocas más recientes, sin que el resto desmerezca del conjunto; pero, de forma necesaria mis notas se limitarán a presentar un resumen de lo dicho en cada apartado o a subrayar aquellos elementos que más han llamado mi atención.

El primero de ellos está escrito por Eliseo Gil Zubillaga y trata desde la aparición de los primeros restos humanos en suelo vasco hasta el final del mundo romano. Dichos restos corresponden al hombre de Cromagnon, a partir del cual ha evolucionado, aparentemente, el tipo vasco. Utilizando los resultados de las múltiples excavaciones que se han realizado a lo largo y ancho del territorio Gil va reconstruyendo el modo de vida, técnicas, actividades y utensilios característicos de cada periodo estudiado. Así subraya el carácter tardío de la introducción de la ganadería y la agricultura, hacia el quinto milenio a.C. Las nuevas formas de vida permitieron una ocupación más intensa del espacio y una utilización del mismo más extensa, con el desarrollo de numerosos poblados estables en los que se aprecia una homogeneidad de las culturas materiales del norte de la Península Ibérica. Así, al término del primer milenio a.C. nos encontraríamos con la presencia de comunidades con un alto grado de desarrollo; que, pese a ofrecer particularidades y matices locales, habían recibido numerosas influencias tanto continentales como peninsulares. Los territorios de Vasconia estaban intercomunicados por una densa red de caminos que facilitaron el contacto con otros pueblos; uno de los cuales, el romano se anexionó de forma gradual el espacio vasco a partir del siglo III a.C. El proceso de romanización afectó, si bien con intensidad diferente, al conjunto del país, tanto a las esferas privadas, como a las públicas, introduciendo nuevas formas económicas y un orden político y social diferente, con una división administrativa acorde con los intereses de los recién llegados. Se creó así una nueva sociedad en el que se combinaron elementos romanos y autóctonos. La pervivencia del euskera, que coexistía con otras lenguas habladas en la zona, sería una de las peculiaridades fundamentales que diferencian a los vascos de otros territorios romanizados, ya que la mayor parte de estos últimos perdieron su lengua al contacto con el latín. En cualquier caso, la influencia romana, a tenor de los restos arqueológicos hallados en los últimos años llegó hasta los confines del país, haciendo irreal la típica división entre *ager* y *saltus*. Ciudades y villas constituyen el mejor indicativo de la intensidad de dicha presencia entre nosotros. La crisis del imperio romano se inició a finales del siglo II de nuestra era y supuso un duro golpe tanto para el mundo urbano como para el poblamiento rural. Su origen se encuentra en una combinación de factores que se extienden desde el debilitamiento político al económico pasando por la

presión externa y las adversidades climatológicas y dio origen a un proceso gradual de desmembramiento del imperio y de las formas de vida características del mismo que no sería claramente apreciable en Vasconia hasta finales del siglo V.

Iñaki Bazán, además de coordinador de la obra, es el responsable de la segunda parte, la que analiza el periodo comprendido entre el siglo V y el XVI. El capítulo se inicia con la caracterización de esta fase como la de la formación de los territorios provinciales y la de su articulación político-institucional en el seno de las monarquías hispana y francesa. Lo sorprendente es que este hecho se presenta en varias ocasiones como proceso inevitable, subrayando, por ejemplo, desde el siglo XII, la inviabilidad de Navarra como reino independiente, aunque la desaparición del mismo no se produjo hasta los siglos XVI y XVII, trescientos años más tarde. El texto se estructura en 5 grandes apartados. El primero está dedicado a la evolución política del territorio navarro, y en el mismo se nos narra la aparición del reino de Pamplona, su conversión en reino de Navarra y las circunstancias, externas e internas que culminaron con la conquista de la mayor parte de su territorio por las tropas de los Reyes Católicos. La historia de la formación del resto de los territorios vascos ocupa el segundo apartado, en donde se subraya la pluralidad de procesos que condujo a la aparición de los espacios que actualmente reconocemos como Alava, Guipúzcoa, Vizcaya, Labourd y Soule. Algo semejante sucede con la construcción de marco jurídico-institucional: la foralidad, donde la diversidad jurídica de los distintos territorios estaba complementada con una serie de elementos comunes, teoría pactista de la relación entre el señor y el territorio, limitación del poder de aquel, exención relativa de impuestos a la Hacienda Real y del servicio militar, hidalguía universal en amplias zonas del país y administración basada en instituciones propias. El tercer apartado hace referencia a los fundamentos materiales de la sociedad vasca y para ello se hace un repaso de los efectivos humanos, donde, pese a la escasez de fuentes, se constata un progresivo aumento de la población, crisis ocasionales, pero de gran intensidad y el recurso a la emigración, tanto intravasca, como hacia el sur, como fórmula para aliviar los excesos demográficos. En lo que respecta a la economía, Bazán subraya la definición de los distintos usos que se harán del espacio vasco y que, en buena medida, se mantendrán inalterables hasta las profundas transformaciones de finales del siglo XIX y, junto a la agricultura y la pesca, el comercio y la industria ferrera tendrán un papel clave. Estas actividades provocaron una transformación del esquema medieval de sociedad organizada en tres órdenes, ya que el desarrollo del mundo urbano rompió dicha división. Las dificultades de la época bajomedieval y los grandes conflictos que ocasionó el intento de la nobleza de aumentar las rentas feudales condujo a la guerra de bandos y a la formación de las Hermandades, cuya institucionalización supuso una nueva forma de organizar el territorio: las Juntas Generales y las Diputaciones. El último apartado está dedicado a los elementos culturales; el proceso de cristianización, la aparición junto al euskera de lenguas romances que acapararon además las instancias oficiales, los focos culturales, vinculados normalmente con la Iglesia Católica, incluyendo la universidad de Oñate y las manifestaciones artísticas ocupan la mayor parte de estas últimas páginas.

Juan Madariaga dedica casi 150 páginas a *Crisis, cambios y culturas (1602-1876)*, un periodo que se inicia con el final de una gran epidemia y que concluye con el último

acto de la abolición de las instituciones tradicionales. Este capítulo es, posiblemente, el más equilibrado desde el punto de vista de compatibilizar la atención a los aspectos políticos con los culturales y socioeconómicos y ofrecer una imagen proporcional de todos los territorios. El primer apartado realiza un recorrido por las transformaciones del sistema político. Estas son escasas hasta finales del XVIII, destacando la oligarquización de las autoridades locales y forales y la progresiva presión de las monarquías respectivas para acrecentar su control político y económico. Esta presión y la creciente inadecuación de la estructura jurídica con la realidad social vasca condujeron a un largo periodo, casi un siglo, en el que guerras y revoluciones tuvieron como consecuencia la abolición foral, y, en algunos casos, la conservación de algunos de los elementos del sistema foral adaptados a las nuevas realidades constitucionales. Este ciclo de cambios se inició con la Revolución Francesa de 1789 y la consiguiente Guerra de la Convención. Tras la Guerra de la Independencia española, los enfrentamientos se orientaron al choque entre aquellos que defendían el absolutismo y los que preconizaban la modernización de las estructuras sociales, económicas y políticas, los liberales. Las dos guerras carlistas deben entenderse en esta dialéctica, aunque el peso del elemento foral fue muy importante para la alineamiento de buena parte de la población vasca en el bando carlista. Si el fracaso de este último grupo ocasionó, ya en 1839, una importante modificación del sistema foral, especialmente en Navarra; una nueva contienda, impulsada por un clero que identificaba vasquismo, religión y carlismo y la consiguiente derrota sin paliativos condujo a la definitiva abolición en 1876.

El segundo apartado de Madariaga hace referencia a los medios materiales y humanos. Se indica la progresiva desigualdad entre los lugares de poblamiento, con una preferencia por las zonas costeras y una disminución del interior, destacando el estancamiento del País Vasco continental. Entre los cambios relevantes se observa una profunda transformación del tratamiento de la fecundidad ilegítima fruto de una alta proporción de soltería definitiva y un acceso tardío al matrimonio, que pasa de unas altas cotas hasta el XVIII a un brusco descenso en el XIX. Otra de las transformaciones, también iniciada en este último mismo periodo, es el importante aumento de los núcleos urbanos que, además de crecer en población, experimentaron una profunda renovación, tanto en lo que respecta a los servicios que ofrecían, como a lo que respecta al trazado urbanístico con la puesta en marcha de sucesivos Ensanches en los años centrales del XIX, salvo Pamplona y Bayona. Se nos habla, a continuación, de las principales actividades económicas, desarrollo de las mencionadas en el capítulo anterior, con algún cambio importante, como la introducción del maíz y se nos muestra la diversidad comarcal y local de la sociedad vasca, donde junto a zonas dedicadas casi exclusivamente a la agricultura, coexistían otras orientadas al comercio y a la industria o al sector servicios. Se trata, además, de una distribución que experimentó grandes cambios con el transcurso del tiempo. Madariaga, frente a la imagen de Arcadia feliz, nos muestra una sociedad donde el conflicto y, a menudo, el conflicto violento aparecen con frecuencia. Unos enfrentamientos que se deben, en ocasiones, a un reforzamiento de la presión señorial, en otros, al aumento de los precios y, en tercer lugar, a la progresiva acción del Estado en busca de mayores recursos financieros y humanos. Otras muestras de conflictividad social fueron el auge del bandidaje y la mendicidad. El úl-

timo apartado, tras mostrar las duras condiciones de vida de los campesinos, se detiene en los elementos culturales. En primer lugar, en el peso de la religión y los intentos de esta y de las autoridades civiles para eliminar una religiosidad popular que divergía frecuentemente de la ortodoxia católica. El mayor exponente de ese control serían los procesos de brujería del siglo XVII. El segundo elemento analizado es el proceso de politización y retroceso del euskera, lengua que ve, como, a partir del siglo XVIII, es abandonada por cada vez más hablantes, en Alava y Navarra sobre todo y cómo las autoridades obligan a utilizar las lenguas romances como lenguas de administración, haciendo obligatorio su conocimiento para ocupar incluso cargos de representación. A mediados del XIX, sin embargo, también se inicia un proceso de dignificación de la lengua, de la mano de Bonaparte y Abbadie. Los niveles de alfabetización, sensiblemente mejores que en los territorios vecinos, la red de enseñanza, las obras de arquitectura, más civiles que religiosas en esta fase, la producción libresca y la aparición de la prensa moderna cierran el capítulo.

La cuarta parte de la obra narra *La contemporaneidad (1876-1979)* y se divide a su vez en dos apartados. En el primero de ellos, el catedrático José Luis de la Granja se ocupa del periodo que se inició con el final de la Segunda Guerra Carlista y concluyó con la Guerra Civil Española. Para ello, el estudio se divide en tres apartados, el pluralismo político, la modernización socioeconómica y religión y cultura. El apartado dedicado a las cuestiones políticas es el que mayor espacio ocupa, en el mismo se analizan las consecuencias de la conflagración entre carlismo y liberalismo, la importancia del Concierto Económico a la hora de asegurar un apoyo suficiente para la monarquía alfonsina y el sistema de partidos vasco. Se nos presentan así las principales fuerzas políticas del periodo restauracionista, tradicionalistas, dinásticos, nacionalistas, republicanos y socialistas, los acontecimientos más destacados del periodo y los puntos de enfrentamiento y unión entre dichas organizaciones. Tras narrar sucintamente la incidencia de la Dictadura de Primo de Rivera en nuestro espacio, la Segunda República, la lucha por la autonomía y la guerra civil cierran el apartado. La necesaria brevedad impuesta por la obra, provoca, sin embargo, que algunos fenómenos políticos de importancia reciban escasa atención, el datismo vitoriano o la Liga Foral Autonomista, por ejemplo, o se minusvalore la incidencia de grupos y organizaciones como el republicanismo restauracionista, mucho más importante que el socialismo hasta los años republicanos en el conjunto del país, cuando se nos habla de la incipiente formación del triángulo monarquismo liberalconservador, nacionalismo y socialismo en 1898, momento en el que esas dos últimas fuerzas eran prácticamente inexistentes fuera de Bilbao.

El segundo apartado tratado por el profesor de la Granja se refiere a la modernización socioeconómica vivida en dicho periodo. Se nos muestra así la revolución demográfica, con el importante aumento de población provocado por la inmigración, la concentración en los núcleos urbanos y los cambios en las tasas de mortalidad y natalidad. El proceso de industrialización se nos muestra por partida doble, al analizar por separado los casos vizcaíno y guipuzcoano, si bien no se hace mención a los procesos fallidos de Alava y Navarra, ni siquiera en lo que hace respecto a los cambios en la agricultura y su inclusión en los circuitos comerciales capitalistas. Los cambios sociales

provocados por la industrialización se limitan en la obra al surgimiento de una nueva élite social plutocrática que concentró en sus manos el poder económico, el político, el social e incluso el mediático, al ser los dueños o accionistas de los principales periódicos de la época. Los conflictos laborales ocasionados por las características de una industrialización brutal y muy rápida y el desarrollo de las diferentes opciones sindicales ocupan las últimas páginas del apartado. Se echan en falta, sin embargo, referencias a trabajadores artesanos, a asalariados ocupados en sectores no fabriles o a las condiciones de vida de campesinos y pescadores; en muchos casos inferiores a la de los trabajadores industriales. Los dos aspectos tratados en el último apartado hacen relación, por una parte, al importante papel de la Iglesia católica en la vida cotidiana y política de los vascos de comienzos del siglo XX, a la reacción anticlerical que provocó y a las relaciones entre nacionalismo y religión y, por otra, al polimorfismo que caracterizó el desarrollo cultural de un país bilingüe, pero con una relación diglósica entre ambas lenguas. Educación, literatura, pintura, espectáculos de masas y deportes son algunos de los aspectos analizados en estas páginas.

En la segunda parte del capítulo el también catedrático de la Universidad del País Vasco Santiago de Pablo se ocupa de los años del franquismo y la transición hacia un sistema democrático. Como en el caso anterior, son las sucesivas situaciones políticas las que se llevan la mayor parte del espacio. La fuerte represión y las dificultades del franquismo para cohesionar a las distintas familias del régimen dan paso a una descripción de las fuerzas opositoras y a sus intentos, infructuosos, para desbancar al dictador y el desencanto subsiguiente. Los años sesenta verían, a su vez, cierta renovación de los cargos públicos franquistas y la aparición de nuevos grupos opositores, entre los cuales el autor destaca el surgimiento de ETA, a la que define como “la principal protagonista de la oposición en el País Vasco desde mediados de los años sesenta o, al menos, la organización que más actividad desplegó y más preocupó a las autoridades franquistas e incluso al resto del exilio”. Afirmación que me parecería más correcta si hiciese referencia a la primera parte de la década de 1970. Escasean, sin embargo, las referencias a asociaciones y grupos, muchos de ellos legales o vinculados a la Iglesia católica y que tuvieron un importante papel en la conformación de una nueva actitud frente a la dictadura, asociaciones de familias o vecinos, grupos culturales, etcétera. Las vicisitudes del país a partir de la muerte de Franco tienen, por otra parte, cumplido espacio en este apartado: la actitud ante la Reforma propugnada por el presidente Suárez, la participación en las elecciones de 1977 y la posterior discusión sobre el régimen preautonómico, el debate constitucional y la elaboración del Estatuto de Autonomía para Alava, Vizcaya y Guipúzcoa son descritos de forma sintética, pero correcta a lo largo de los diferentes apartados. Los cambios económicos provocados por la segunda oleada industrializadora alcanzaron en esta ocasión también a Alava y Navarra y contribuyeron a una importante transformación social iniciada por un crecimiento demográfico que prácticamente duplicó la población de Vasconia entre 1940 y 1981. Estos cambios propiciaron la aparición de un nuevo movimiento sindical y de nuevas pautas de comportamiento social y cultural caracterizadas por una rápida secularización de la sociedad vasca y la emergencia de nuevas referencias culturales.

El último punto abordado por el profesor De Pablo hace referencia a los cambios producidos en el País Vasco continental entre 1870 y 1979. Siguiendo la pauta marcada a lo largo de toda la cuarta parte se analiza, en primer lugar, la vida política marcada por el conservadurismo, el peso del sentimiento religioso, la ausencia de instituciones políticas territoriales y la escasa influencia del nacionalismo vasco en sus diversas modalidades. Económica y demográficamente, la Vasconia continental se encontraba dividida en dos zonas, la costa, en donde se concentra el mayor dinamismo humano e industrial, con un fuerte peso del turismo y el interior, agrícola y con problemas de despoblación. Culturalmente, la existencia de publicaciones y autores en euskera contrastaba con su ausencia de las instituciones públicas, en particular, del ámbito educativo. En lo que respecta a la cultura en lengua francesa, la proliferación de prensa de la III República ha sido sustituida por la existencia de un único diario que además no se edita en el territorio.

Pese a las dificultades de realizar una valoración de conjunto creo que en conjunto los autores han conseguido una buena visión global, que se ve completada, además, por la bibliografía final, por ilustraciones y, en algunos capítulos, por mapas. La obra, pese a su voluminosidad, es de lectura agradable y ofrece una buena síntesis del estado del conocimiento sobre el pasado de nuestro país.